

Cuba, entre revolución y reformas: ¿Cuál es el papel de la educación hoy?

Cuba Grupo de Trabajo 25, Educación y desigualdad social

Danay Quintana Nedelcu.
Estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales, Flacso-México

La situación

Mientras muchos plantean que América Latina vive un “giro a la izquierda”, Cuba se encuentra en sus propios giros. La declarada intención de cambio del presidente Raúl Castro Ruz en el 2010 encendió las discusiones sobre los rumbos posibles y deseados de los nuevos caminos para el país. Desde el inicio mismo del debate sobre lo que se dio a conocer como la *actualización del modelo económico*, que según palabras del primer vicepresidente cubano Díaz-Canel inicia ahora su etapa más difícil, tanto ciudadanos como políticos y especialistas participan de distintas maneras en estas reformas. Reformas económicas, mas no políticas, como han esclarecido en varias ocasiones funcionarios del gobierno.

El objetivo esencial de dichas reformas (que algunos especialistas ubican quizá de manera aún imprecisa en un proceso de *transición*) busca, como afirma el presidente cubano, la preservación y el desarrollo del socialismo en Cuba, un socialismo próspero y sostenible. Lo que se busca con este proceso, que se viene desarrollando desde hace tres años, es re-dirigir el ámbito económico de manera tal que se haga funcional a las exigencias actuales del desarrollo económico y social a través de la alternativa socialista. Los esfuerzos de este proceso están encaminados a re-generar una institucionalidad eficiente económicamente, con el objetivo, como se ha dicho públicamente, de hacer sostenible el sistema socialista, donde prime por sobre todo, como han sostenido los altos mandatarios del país, el respeto a la propiedad social sobre los medios de producción. Es decir, la actualización del modelo sin modificar la base estructural.

Sin embargo, de lo que no se ha debatido con la misma magnitud es de la re-generación política que necesita el país. Incluso cuando se prevén modificaciones constitucionales en un mediano plazo, por ejemplo, introducir límites de tiempo para los principales cargos del Estado y del Gobierno (máximo dos períodos consecutivos de hasta cinco años cada uno), y ante la declaración del presidente Raúl de estar en su último mandato, a concluir en 2018, algunos analistas matizan estos avances debido a que consideran que la razón de dichos cambios responde más a la presión del tiempo de la Revolución y su dirigencia histórica que a una voluntad política de transformación.

Lo cierto es que la atención está volcada a un debate e implementación de nuevas políticas económicas pero no de una nueva economía política. La apuesta por la refuncionalidad del sistema descansa en la implementación de medidas que permitan un crecimiento económico como principal soporte del sistema político sin que a ellas le acompañe necesariamente un debate en torno a lo político, esencialmente al modo en que participa la ciudadanía en las principales decisiones sobre el rumbo del país.

El ámbito educativo no escapa a los cambios. En paralelo a lo anterior, dentro del sistema educativo se ha suscitado en el último período un rediseño de ciertos ejes de la política educativa, encaminada a elevar la eficiencia económica y a recuperar eficacia política, sobre todo en el terreno de las universidades. Estos cambios, que en sus inicios se conocieron como *proceso de perfeccionamiento de las políticas educativas*, tuvieron como objetivos primordiales el trabajo político-ideológico con

estudiantes y profesores y el mejoramiento de la calidad y eficiencia educativa, según lo dicho por las autoridades ministeriales de entonces. Los resultados insatisfactorios del ingreso a la universidad del año 2009 a la fecha (implicando como consecuencia modificaciones puntuales al ingreso a las instituciones de educación superior); la disminución del período esperado de escolarización y de la eficiencia terminal en el nivel superior; la débil tasa de retorno de la inversión en educación así como algunas investigaciones relacionados con la situación socio-política en las universidades condujeron a un replanteamiento de los objetivos de trabajo del Ministerio de Educación Superior y en consecuencia a un redireccionamiento de La Política Educativa.

El replanteamiento del sector educativo en términos de convertirlo más que en un gasto, en una inversión, es uno de los ejes principales de las reformas educativas dentro del marco de las reformas económicas más generales. El reto en este sentido apunta a lograr un mejor aprovechamiento de los recursos empleados para el desarrollo de dicho ámbito, aspirando a que cada vez tenga mayor impacto en la economía del país.

Esto no es un desafío nuevo de la Revolución cubana. Desde los mismos inicios de los 80 la dirigencia del Partido Comunista de Cuba evaluó de manera crítica el aporte de la investigación y la enseñanza superior a la economía del país, debido esencialmente a la creciente inadecuación que se registraba entre formación profesional, investigación y aporte a la producción. El Estado, ahora y antes, destinaba una enorme inversión en el sector educativo con poco impacto en el desarrollo económico. En relación al tema se expresó que

se ha continuado confrontando dificultades con la introducción de los logros en la práctica social, lo que incide directamente en la efectividad económico-social de las investigaciones aplicadas. En ello han concurrido causas diversas: inexistencia de los instrumentos metodológicos y jurídicos que normen dicha introducción; incompreensión de la importancia de determinada solución científica o técnica para la producción o los servicios; obtención del beneficio científico sin sus adecuados complementos tecnológicos y evaluación económica que hagan realmente factible su generación¹.

Hoy, la renovada necesidad de hacer más eficiente el sector educativo y la urgencia de estrechar sus vínculos con el crecimiento económico del país ha conducido a un replanteamiento de las ofertas de las carreras profesionales en aras de incentivar a los jóvenes por disciplinas más técnicas, bajo el supuesto de que estas tributarán más rápida y directamente a incrementar la producción nacional.

El último Informe sobre Desarrollo Humano, publicado por PNUD², coloca a Cuba como uno de los países con Alto Índice de Desarrollo Humano ocupando el primer lugar en el mundo en gastos de educación en relación a su Producto Interno Bruto (PIB) con el 12,9 %, pero en el lugar 22 en el índice de la educación. Desde esta perspectiva, la diferencia entre inversión y resultados no puede más que cuestionar la eficiencia en el aprovechamiento de los recursos invertidos.

En este panorama de transformaciones en lo educativo, el Ministerio de Educación Superior trazó, además del anterior, otro propósito esencial: el trabajo político-ideológico. La intención expresa del Estado cubano de formar jóvenes *comunistas y comprometidos con su país* ha sido uno de los ejes principales a lo largo del período revolucionario. Esto ha quedado registrado en los foros públicos más trascendentales de trazado de políticas públicas en general. En la actual Constitución de la República de Cuba (votada en el año 1976 y aprobada afirmativamente por casi el 98% de los electores), en lo referido a las políticas educativa y cultural del Estado se expresa la relevancia de

promover la educación patriótica y la formación comunista de las nuevas generaciones y la preparación de los niños, jóvenes y adultos para la vida social (inciso C, capítulo V: 52).

En este enunciado, la Carta Magna sintetiza el espíritu pedagógico y cultural en una manifestación explícita de voluntad político-ideológica del gobierno revolucionario. El contenido ideológico de tal declaración condensa en sí el significado de las prácticas formativas que han sobrevenido a dicho manifiesto, en los distintos niveles del sistema de enseñanza cubano.

Pasados más de 50 años, la política educativa mantiene el rumbo trazado desde los mismos inicios del gobierno revolucionario al plantear que Cuba sería *un país de hombres de ciencia al servicio de la Revolución*, según palabras de Fidel, actor principal en la toma de decisiones respecto a las políticas públicas en la isla. Esta aspiración puede constarse en las principales metasformativas con las que deben cumplir las instituciones educativas:

*Formar profesionales revolucionarios altamente capacitados, comprometidos con la Patria y el Socialismo y formar patriotas con fuerte sentimiento antimperialista y profundo conocimiento de los principios y valores del socialismo cubano*³.

Sobre el análisis de la situación política en las universidades cubanas, algunas investigaciones han reportado resultados que han sido interpretados como cierto debilitamiento del compromiso con la Revolución en estudiantes y profesores (según especialistas del Centro de Estudios Socio-Políticos, CESPO). Otras, del Grupo de Estudios sobre la Juventud del Centro de Estudios Psicológicos y Sociológicos (CIPS) también han mostrado que una diferencia significativa en las satisfacciones juveniles desde los 80 hasta el 2000 ha sido la paulatina disminución de la relevancia de las aspiraciones de los jóvenes hacia el área sociopolítica⁴.

El peso de lo político de manera explícita en la educación cubana cobró un significativo énfasis en los 90 durante el llamado *período especial*, que trajo consigo un importante replanteamiento conceptual del modelo del profesional cubano. Catalizado por un escenario externo sin el campo socialista este-europeo, el quiebre ideológico que ello produjo y una situación económica a lo interno de verdadera gravedad, la expectativa del gobierno sobre los graduados universitarios adquirió matices distintos a etapas precedentes, que si bien no fueron novedosos en su esencia, sí re-jerarquizaban con claro énfasis el contenido integral del perfil del joven universitario.

La crisis económica condujo a una acentuación de todas las prácticas políticas en el sector educativo y propició una reconsideración de la *formación en valores* como columna vertebral de la educación. La insatisfacción con el desarrollo integral y cultural de los estudiantes universitarios se expresó abiertamente incluso en el informe central del III Congreso del Partido Comunista de Cuba (1986), a partir de donde se abrió de manera crítica el debate sobre el significado de una educación integral. Integralidad que se tradujo en una concepción que colocó *a un nivel indispensable la labor político-ideológica* (MES: 1997⁵).

Con el debate abierto sobre la reformulación de los procesos educativos, se legitimaron como espacios de actuación tres dimensiones que agrupan el amplio diapasón de las acciones educativas: la curricular, marcando el paso de los contenidos y procesos de la vida académica; la extracurricular, al principio denominada de extensión universitaria y haciendo énfasis en la interacción del estudiante con los procesos colaterales a su formación docente, vinculados al desarrollo cultural, deportivo e investigativo esencialmente; y la dimensión socio-política, asociada al conjunto de actividades sustantivas relacionadas con

la participación estudiantil en las movilizaciones políticas, las tareas de choque...la vida en la beca, así como las diferentes acciones que emanan de la dinámica universitaria, se inscriben en la vida socio-política de nuestros estudiantes, además de ser tributarias de sólidas convicciones y acciones que demanda la sociedad de nuestros futuros profesionales (MES, 1997:9⁶).

Esta organización tridimensional de la labor educativa se mantiene en pie y funciona como principio estructurante de la vida en las universidades e instrumento institucional que define la naturaleza de sus actividades⁷.

Los retos

El primer y principal reto desde una perspectiva operativa de estas reformas es conseguir los resultados propuestos en un plazo in-mediato. La situación económica del país en el escenario de crisis mundial no permite ya proyecciones únicamente de largo aliento. Las medidas que se están implementando en Cuba para conseguir la actualización de su modelo económico cargan con grandes expectativas tanto del gobierno como de la ciudadanía, quienes perciben que, efectivamente, “están pasando cosas” o que “la cosa está cambiando”, reflejando un evidente dinamismo (quizá no suficiente, eso sí) del panorama económico, social y en menor grado político.

Sin embargo, más allá de obtener los resultados “ya”, lo verdaderamente importante y aún en ciernes es el significado de tales reformas. Hacer reformas significa, de manera laxa, cambiar manteniendo la forma, es decir, efectuar cambios pero no transformaciones. Sin embargo, surge una pregunta legítima: ¿Puede la Revolución regenerarse a base de reformas? (Con la metodología del “poco a poco”) ¿Cómo se articulan las distintas reformas que se están implementando? ¿Cuáles son los efectos en la sociedad civil de estas reformas que no logran desprenderse del estatismo del que surgen? ¿Se puede (se quiere) dar el salto de políticas económicas, educativas, culturales a una nueva economía política, educación política, o cultura política? El orden de los factores sí altera el producto. El sostenido fracaso de las reformas educativas en América Latina es un buen ejemplo que invita a pensar en los límites de la lógica reformista y en la incapacidad de muchos gobiernos para generar reformas INTEGRALES, transformaciones profundas, y no sólo antídotos temporales. La reflexión aquí gira en torno al alcance deseado (y también con mucha relevancia a los efectos no esperados) de estas reformas y si acaso podrán realmente trastocar algunos niveles y dejar otros intactos.

Por último, existe un reto (entre muchos) específico del ámbito educativo en estos tiempos de cambios, relacionado con el papel que debe jugar hoy, más allá de ser un “gasto productivo” o un instrumento ideológico del Estado y es la capacidad que pueda desarrollar de adelantarse a los acontecimientos venideros, la proactividad que logre tener como proceso de socialización y de vehículo para el desarrollo humano. ¿Cómo se entevera hoy lo educativo en este escenario de cambios? ¿Debería repensarse su función? ¿Puede la educación anticiparse a las transformaciones que están por venir y a los cambios que hoy se suceden en la isla? Más concreto, ¿qué relación hoy tiene la formación profesional con los cambios en el sector laboral cubano, uno de los más cambiantes? Si una de las funciones principales de la educación es preparar a los jóvenes para el mundo del trabajo, hoy existe una importante distancia entre uno y otro campo.

Reconsiderar el significado de la educación no es tarea menor. Es expresión de un proyecto civilizatorio que en Cuba se ha pretendido distinto a otras partes del mundo y que hoy muestra tensiones producto de las lecciones históricas del propio país, que navega entre la necesaria reinserción en un mundo global y tecnologizado y la lucha por conservarse como representante de una ideología alternativa a la del capital.

Si la educación en su más amplio sentido no supera el escalón de la instrucción, no es más que un fenómeno instrumental. Entenderla como el proceso más relevante, masivo y perpetuo de creación de la cultura y de ejercicio de civismo es el desafío que conduce a la más arriesgada travesía.

-Notas:

1. PCC: Resoluciones sobre los lineamientos económicos y sociales para el quinquenio 1985-1990. Documento digital.
2. PNUD (2013): *Informe sobre Desarrollo Humano 2013. El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso*. PNUD. CommunicationsDevelopmentIncorporated, Washington DC.

3. Objetivos estratégicos de la Estrategia Maestra principal para el Trabajo Educativo y Político Ideológico. Curso 2009-2010, Universidad de La Habana. Documento digital.
4. Domínguez, María Isabel y Deysi Domínguez (2004): *La subjetividad de la juventud en ciudad de La Habana*. CIPS: Informes de investigación. La Habana.
5. MES (1997): "Labor educativa y político-ideológica con los estudiantes". Ministerio de Educación Superior. Editorial Félix Varela. La Habana, 1997.
6. *Ibíd.*
7. Interesante aquí resulta la diferencia que Cuba muestra en esta trilogía respecto a la bibliografía que por lo general, tiende a organizar la vida universitaria en tres dimensiones: la docente, la investigativa y la extensionista. Aunque tienen algunos elementos comunes, no se encuentran sin embargo referencias directas a una dimensión política como tal.